Vestido blanco de flores silvestres



Kevin Pérez Alarcón



Círculo Rojo
EDITORIAL

Sueño que estoy con mi madre en el salón viendo la tele. Estamos viendo *Doraemon*. Lo hacen todos los días en este horario. Es casi la hora de cenar. Ambos permanecemos sentados en el sofá. A ella le gusta estar conmigo y mirarme mientras me coge de la mano. Aparto la vista un momento de la televisión y me fijo en la ternura con la que me miran sus penetrantes ojos grises. Un mechón rubio le tapa parte de la ceja derecha, llegándole al inicio de la pestaña con la falta de algún que otro pelo. Un poco más abajo visualizo una magulladura de morado intenso que rodea el contorno de su ojo. Le corre una lágrima por la mejilla y ella se la seca con el dorso de la mano antes de salir del sofá para dirigirse a la cocina. El olor que me llega provoca que me olvide de los dibujos que estoy viendo por un momento. Mi madre me está preparando pollo rebozado, que es mi comida favorita. Inclino ligeramente la cabeza hacia atrás y dibujo una sonrisa de oreja a oreja a la vez que huelo ese olor a pollo que me encanta. Cierro los ojos escuchando de fondo a Nobita pidiéndole a Doraemon que saque de su bolsillo mágico algún aparato para que su madre no lo regañe más todas aquellas veces que no haga los deberes, pero el gato cósmico le dice que no puede ser. Mi sonrisa desaparece y mis labios se convierten en una fina línea cuando de repente se oye la puerta. Un fuerte portazo retumba desde el otro lado de la entrada de nuestra casa.

—¡Es tu padre! —grita mi madre saliendo de la cocina y dirigiéndose al salón donde sigo viendo la tele—. ¡Corre, vete a tu cuarto!

Sin que me dé tiempo a hacerle caso, veo que mi padre entra caminando de un lado a otro de manera tambaleante, dando la sensación de que se va a caer en cualquier momento. Tiene la camisa abierta, desabotonada hasta la mitad del pecho, dejando en el aire los pelos rizados blancos y negros que salen de su interior. Lleva el cabello alborotado y la barba mal cuidada y sudorosa.

—¡Julia! ¿Dónde está la cena? —pregunta chillando con una voz ronca, difícil de entender, al tiempo que apoya el codo en un cuadro donde aparecen mi madre y él retratados el día que se casaron. Presiona el cristal que hay dentro del marco con cada vez más fuerza hasta que se hace una grieta en el centro separando el rostro de él del de ella en la foto en la que salen vestidos de gala, felices y sonriendo.

—Cariño… le faltan solo cinco minutos… —le asegura de manera casi imperceptible, colocándose la palma de la mano derecha encima de los labios desde una distancia considerable respecto al lugar en el que se encuentra mi padre.

—Ven aquí —le exige bajando la cabeza y haciéndole un gesto con el dedo que le tiembla de forma notoria—. ¡Te he dicho que te acerques, zorra!

Mi madre se aproxima a él muy despacio. Mientras lo hace, el silencio de la sala se me hace abrumador. La poca luz que hay en el exterior se aminora y el olor a pollo rebozado se convierte en aroma a vodka de mala calidad por las largas y continuadas exhalaciones que produce el hombre.

Cuando mi madre se sitúa delante suyo, él la coge del cuello con las dos manos. Separa los labios y muestra los dientes amarillentos a la vez que aprieta las manos, provocando que ella suelte un quejido de dolor. La libera y le da una fuerte bofetada que le gira la cara.

—¡Mamá! —improviso saliendo del sofá y dirigiéndome a él antes de coger a mi madre de la mano y tirar de ella para protegerla de semejante monstruo.

—¡Tú no te metas! —me dice mi padre golpeándome la mano con su antebrazo para apartarme.

Nos deja a los dos anonadados y camina de modo decidido hacia el pasadizo para abrir el armario de roble arrimado a la pared de la derecha.

—¡Corre! —me grita mi madre tapándose los ojos con un acto reflejo—. ¡Enciérrate en tu cuarto y no salgas!

—¡No, mamá! —le respondo abrazándola por la cintura—. ¡No pienso dejarte sola!

De repente llega mi padre por detrás de mí y me coge del pantalón corto que llevo puesto. Me levanta y me tira al suelo de manera brusca. Oigo un sonido metálico impactar en el parqué. Me pongo en posición fetal y me cubro la cabeza con ambas manos cerrando los ojos con todas mis fuerzas.

—¡No, Juan! ¡No le pegues! —grita mi madre al tiempo que mi padre tira para arriba mi camiseta azul de *Doraemon* hasta que consigue quitármela por la cabeza—. ¡Con el cinturón no!

—¿No ves que solo eres un crío? —me interpela con tono sarcástico cuando vuelvo a oír el sonido metálico. Esta vez más cerca de mí—. ¿De verdad piensas protegerla con solo nueve años? ¡Si no levantas dos palmos del suelo!

Noto que algo de una superficie dura impacta en mi espalda fuertemente y el dolor que siento es insoportable. Me protejo la columna con la mano derecha de manera inmediata y otro im-

pacto que golpea mi mano me hace sollozar. Oigo de fondo la voz de mi madre gritando:

—¡Déjalo! ¡No le pegues!

Pero a medida que los golpes persisten se va diluyendo y me da la sensación de que me voy alejando cada vez más, quedándome solo en un lugar tan pequeño que apenas me puedo mover.

Me toca la alarma del móvil y me despierto de un susto. Me quito la sábana de algodón blanco de encima e inclino la espalda para dirigirme a la mesita de noche de mi izquierda y la paro, pero me vuelvo a tumbar dejándome caer en el colchón haciendo que se hunda y haga chirriar un poco el somier. Odio cuando sueño cosas de mi pasado. De mi padre y de mi madre. Parece que ahora que no están mi subconsciente me lo deba recordar a menudo. No lo entiendo, prefiero no pensar en lo que acabo de revivir porque fue una etapa de mi vida muy dura. La adicción de mi padre al alcohol nos perjudicó tanto a mi madre como a mí y nos hizo ser personas muy diferentes.

Miro la hora. Son casi las siete de la mañana. Hoy es sábado doce de junio. Mierda, he quedado con los colegas a las siete treinta. Brayan me dijo que me pasaría a buscar de aquí a quince minutos. Debo desayunar algo y ducharme en un visto y no visto. Me siento al borde de la cama con los ojos aún pegados. Me los froto con ambas manos, me desperezo y me tapo un bostezo. Me levanto pisando el resbaladizo parqué con los pies descalzos y subo la persiana gris de la única ventana de mi cuarto. Una luz resplandeciente me da en la cara y se me dificulta abrir los párpados que todavía siguen bastante adheridos, llenos de legañas. ¡Dios, cómo me cuesta madrugar a veces, joder! Me froto la barbilla de abajo arriba hasta en tres ocasiones y me raspa la piel de la mano. A ver si me da tiempo a afeitarme la barba de cuatro días, aunque lo dudo mucho. El tiempo apremia. Abro la puerta de mi cuarto. Me traslado por el pasillo hacia el baño dejando atrás dos habitaciones. Cuando entro y me miro la cara de sobado en el enorme espejo suena la melodía de llamada de mi móvil. Joder, ni siquiera me ha dado tiempo a lavarme la cara. Vuelvo a mi habitación. Debe ser mi colega Brayan. Seguro que me quiere avisar de que está a punto de salir de casa. Miro la pantalla del iPhone y me pongo las manos en la cabeza. ¡Mierda! Es mi día de fiesta, joder… Bueno, este trabajo

no tiene tregua. Cuando se dice que uno tiene un día de fiesta siempre es entre comillas porque nunca se sabe cuándo recibirás una llamada de la funeraria. Así que estoy acostumbrado a estar las veinticuatro horas en alerta. Mi jefe me necesita. Para perder la costumbre…

—¿José Antonio?

—Buenos días, Cristian. Siento tener que llamarte. Sé que hoy es tu día. ¿Estás muy liado?

—Bueno, había quedado con unos amigos dentro de media hora…

—¿Lo puedes anular? Marcos no me coge el teléfono y los otros compañeros ya están haciendo un servicio.

Pero si hoy le tocaba sustituirme a Marcos… Vaya irresponsable. En fin.

—De acuerdo.

—¿Te dijeron que tendrías el coche arreglado esta mañana?

—No, aún no sé para cuándo lo tendrán. Todavía no han encontrado un motor de arranque de esta marca y modelo. Me parece que esto va para largo…

—No pasa nada. ¿Puedes coger el siguiente tren?

Llama un taxi cuando llegues a la estación y ves cuanto antes a la funeraria. Yo cargo con los gastos. ¿Vale?

—De acuerdo. ¿Quién es?

—Una señora mayor. Parada cardiaca. Por lo visto se recuperaba de una caída en el hospital. No te preocupes por el papeleo. Ya me encargo yo de todo. También del certificado de defunción.

Como no sabíamos si podríamos hacer el cuerpo hoy, les he dicho que lo guardaran en la morgue.

—¿En el hospital central?

—Sí, sí, en el hospital. Cristian, ahora en cuanto pueda te paso la info. Te dejo que tengo una llamada por la otra línea. Estamos a tope hoy. Te debo una. Te recompensaré. Muchas gracias.

—De acuerdo, José Antonio. Voy para allá.

Cuelgo.

Le envío un mensaje a Brayan diciéndole que no podré ir y miro los horarios de los Ferrocarriles Catalanes. Suerte que la estación me queda tan cerca que no me conlleva ni cinco minutos llegar hasta allí andando. Es lo que tiene vivir en la urbanización de la Batanera. Un lugar algo apartado del centro del pueblo, pero estoy encantado de vivir aquí. Es una zona muy tranquila. Por la noche hay mucho silencio. Además, el dúplex que mis padres me dejaron antes de morir es espacioso, cómodo y confortable. Así que, ¿qué más puedo pedir a mis veintiocho años? Viviendo solo en una casa como esta. Tengo trabajo fijo con un buen sueldo y sin asumir gastos demasiado abultados. Unos colegas que me quieren y una vida medianamente tranquila.

Me quedo mirando la pantalla de mi móvil unos instantes. ¿Qué? ¿El próximo tren sale a las ocho y un minuto? ¡Solo faltan veinte minutos! Salgo de la habitación de nuevo con la cama por hacer y una botella de agua tirada en el suelo a medio llenar y atravieso el amplio pasillo de paredes impolutas pintadas de blanco. Dejo atrás las habitaciones cerradas con puertas de gruesa madera color beis clarito y entro en el baño de nuevo. Abro el grifo y me echo abundante agua en la tersa piel de mi cara y en los intensos ojos grises. Me mojo también el cabello negro haciendo que el alzado flequillo se me baje

ligeramente por la humedad y me lo vuelvo a levantar con un peine de púas gruesas que tengo encima del lavabo. Frunzo el ceño, entornando los ojos sintiéndome atractivo y enfoco la mirada a mi definido abdomen. Miro la hora de mi reloj de muñeca y me percato de que me estoy distrayendo demasiado. Me quito los bóxer Calvin Klein de rayas doradas en el borde. Los desplazo con el pie derecho hacia la pared adoquinada de colores rosas y deslizo la puerta de la mampara de cristales transparentes. Me ducho, me seco la cabeza y el torso y salgo a regañadientes del baño dejando un reguero de gotitas a cada paso que doy. Bajo por las escaleras de mármol dejando atrás la planta de las habitaciones y entro en la larga cocina. Saco de la nevera un brik de leche entera y me lleno un vaso de la estantería de al lado del fregadero y del lavavajillas. Introduzco en él una cucharadita de café y dos de azúcar y me preparo un par de tostadas sin dejar de mirar la hora. ¿Tendré tiempo suficiente? Me pregunto para mis adentros. Saco las tostadas de la tostadora por la punta resoplándolas con ímpetu porque están que arden, unto por encima de ellas un tomate maduro y termino añadiendo una rebanada de jamón york por arriba en cada una.

Termino de desayunar, me visto arriba y salgo de casa a paso rápido bajando por la calle hasta que llego a la estación. Accedo a la casita donde se compran los billetes y saco la cartera del bolsillo derecho de los tejanos. Pinzo la tarjeta de débito mientras una pareja asiática habla entre ellos de manera confusa, miran hacia mí como dándome a entender que les eche una mano en esto. ¡Joder, faltan tres minutos!

—¿Barcelona? —le pregunto al hombre que abre la boca sin apartar la mirada de la pantalla de la máquina hasta que asiente con la cabeza.

—*Two tickets*? —le interpelo mostrándole de forma exasperada dos dedos de mi mano derecha y se los acerco al rostro.

—*No! Three, please!* —exige la mujer colocando ambas manos encima de los hombros de un niño bajito de ojos achinados que aparece entre medio de los dos con una gorra puesta donde en la parte frontal pone «MONTSERRAT» con letras mayúsculas.

Joder, con las prisas ni siquiera había visto al crío. Saco un billete para cada uno. Se van dándome las gracias y les hago un gesto elevando el mentón como diciéndoles que no es nada. A falta de un minuto para que salga el tren en dirección Manresa oigo por megafonía que dice: «R5, dirección Manresa, vía uno». Varias gotas de sudor se me acumulan en la frente. Consigo sacar el billete. Lo pico para que se abra la barrera que me separa del otro lado. El tren acaba de llegar. Comienzo a correr sorteando a todos los turistas que andan de forma deambulante por las instalaciones de la estación en busca de algún revisor que los pueda asesorar. Bajo las escaleras subterráneas que me llevan a la otra vía donde el motor del tren se escucha de fondo esperando para salir en cualquier momento. Llego a tiempo. Subo al primer vagón agazapando todo el cuerpo para delante y cogiéndome de las rodillas mientras saco la lengua y respiro de manera acelerada. Estoy

fundido. Me arrimo al conjunto de cuatro asientos que tengo más a mano ayudándome de la baranda que hay detrás de mí cerca del apartado vacío donde se suelen depositar las maletas y objetos voluminosos durante los viajes. Me siento en el asiento más cercano a la ventana y me doy cuenta de que en el apartado opuesto de donde estoy hay un hombre de mediana edad sin aparente pelo en el cuero cabelludo que tiene las piernas estiradas encima del asiento que hay delante suyo y no deja de roncar en ningún momento con la cabeza mirando hacia arriba y unas asquerosas babas que le corren por un costado de la boca cubierta de barba incipiente. Estornuda y sin abrir los ojos se pasa la mano derecha por la nariz llena de mocos y se la limpia en el conjunto de una pieza de color negro con líneas fluorescentes que lleva puesto. Hago una mueca de repugnancia y miro para la ventana de forma inminente. Qué asco, dice mi voz interior de manera explícita, pero silenciosa.

Llamo al taxi para que venga a la estación de buses de Manresa Alta en unos veinticinco minutos y saco de mi mochila un cuaderno de poesías para matar el aburrimiento. Cojo el estuche del bolsillo pequeño y sujeto el lápiz de punta afilada que guardo en su interior. Guardo el estuche, cierro la cremallera de la mochila y la bajo apoyándola en mis pies. Me quedo solo con el pequeño lápiz gris y el viejo cuaderno lleno de escritos con mala letra y garabatos. Lo abro y voy pasando las primeras páginas ocupadas con la tinta de diferentes bolis que he ido usando durante el tiempo hasta que encuentro una página en blanco. Me detengo en ella y la miro sin apartar los ojos de esta ni un instante. Necesito inspiración y los ronquidos del hombre que está a escasos metros de mí no me ayudan ni un poquito. Será pesado… Aprieto el lápiz con los dedos índice, pulgar y medio cuando el sonido de megafonía vuelve a llamar mi atención. «Próxima parada Sant Vicenç de Castellet». ¿Sant Vicenç de Castellet? Hemos pasado ya la estación de Castellbell i el Vilar y no me he dado cuenta. Eso

demuestra la pájara que llevo encima hoy. El tren se para y suben algunas personas en el vagón en el que me encuentro. Entre ellas una chica alta que lleva un vestido blanco con florecitas silvestres estampadas por todo el textil. Hace ademán de sentarse en uno de los asientos opuestos a los que estoy yo, pero el hombre de los ronquidos se lo impide con las piernas estiradas. Mira hacia mí y nos cruzamos las miradas unas milésimas de segundo que para mí han sido mucho más que eso. Incluso me atrevería a decir que mi corazón se ha acelerado por momentos cuando ha puesto sus ojos en los míos. Algo que no me suele pasar con nadie. Así a primera impresión es una chica muy guapa. Tiene la tez blanca y el cabello largo, ondulado y de un color castaño oscuro. Se mueve despacio para dirigirse a mí. ¡Se está dirigiendo a mí! ¿Se acercaría a alguien como yo expresamente? Bueno, antes de arrimarse al adormilado hombre de los ronquidos desagradables y de mocos estampados en su vestimenta de trabajo imagino que sí. Cristian, baja de la nube.

Solo está buscando un lugar donde acomodarse. Con interés cero de volver a mirarme, se sienta frente a mí en uno de los tres asientos que están completamente libres. En concreto, el que está más próximo a la ventana contraria. Mete la mano en el bolso negro que tiene colocado encima de su regazo y saca el móvil para no despegarse de él en los minutos siguientes. Yo la sigo observando, aunque lo suelo hacer de manera discontinua y con disimulo. A pesar de que me gusta mirarla y estoy algo nervioso, intento pasar desapercibido y ser discreto. Así que la voy viendo de reojo.

De pronto, el tren hace un sonido estridente y chirría la vía de forma prolongada. Va frenando poco a poco hasta que se queda totalmente parado, dando la sensación de que se ha producido una avería. La chica levanta el mentón, gira la cabeza de forma repentina y mira al fondo del otro lado, donde